

LA GUERRA EUROPEA

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID



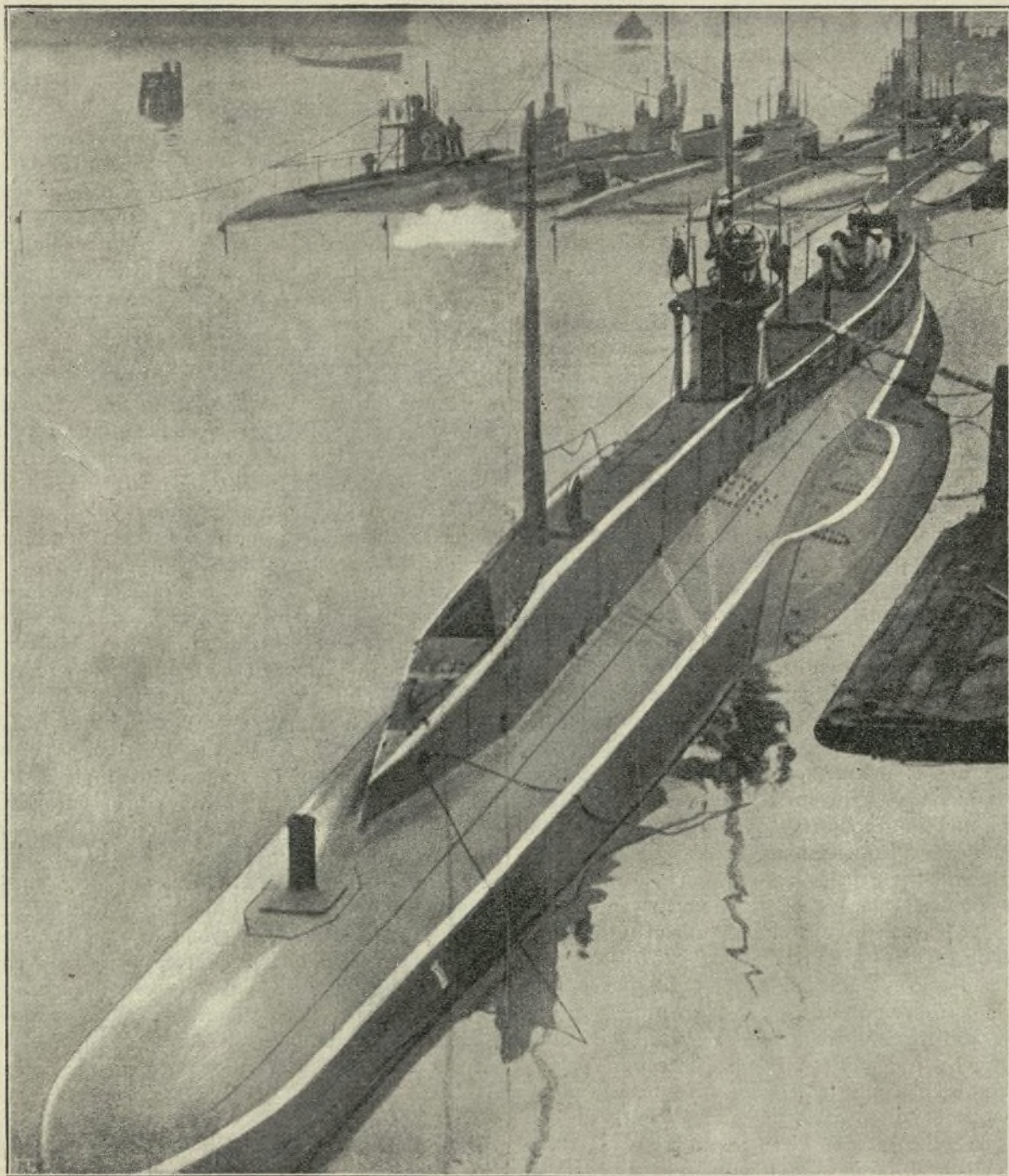
L'BRU
NET
PARIS

Ayuntamiento de Madrid

DRAGÓN FRANCÉS

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 15.—BARCELONA 24 DE OCTUBRE DE 1914



El mayor sumergible de la escuadra británica

CRONICA INTERNACIONAL

I. Inglaterra y la guerra colonial.—II. Oficina universal de reclutamiento.—III. Golpe maestro.—IV. ¿Se extenderá la guerra?

I. — Inglaterra y la guerra colonial

Hace ya muchas semanas que toda la política internacional está concentrada en lo que hace o deja de hacer Inglaterra, y en lo que contra ella hace o deja de hacer Alemania.

La defensa de la neutralidad de Bélgica es todavía la pudorosa manta que emplea Inglaterra para encubrir sus ataques a la propiedad privada de los súbditos alemanes y austriacos; el escudo con que trata de ocultar los ataques a la neutralidad de Holanda; la invocación que los labios no dejan de proferir para

Ayuntamiento de Madrid

atraerse a Italia y contener a Turquía y amenazar a Bulgaria y Rumanía. Pero el juego hace mucho tiempo que lo conocen todos y no engaña más que a quienes tienen empeño deliberado de dejarse engañar.

Inglaterra, tan previsora, no contaba con la fuerza de Alemania, desconocía que donde hay un alemán se encuentra un pedazo de la patria alemana, y ahora ve con sorpresa cómo no todo son flores en el camino de irse apoderando de las colonias del enemigo: éste también se lanza al ataque y aun contando con menguadas fuerzas, lleva la intranquilidad y el desasosiego lejos de sus colonias, promueve insurrecciones en el África del S., y pone en conmoción al mundo musulmán, ya en Egipto, bien en el Asia Menor y Anatolia, ora en Persia, y hasta en el mismo Indostán.

A medida que se va convenciendo de la fuerza de Alemania, la Gran Bretaña se siente más espantada y teme llegar a verse sola; de aquí sus esfuerzos para enganchar en la cruzada anti-germana a más pueblos de todas las partes del mundo; cuantos más sean, más intereses comunes se producirán y tanto menos probable será que la abandonen si las circunstancias se presentan amenazadoras.

En esto ha de buscarse la explicación de que Inglaterra, desde el primer día, se esfuerce en apoderarse por todos los medios de las colonias del adversario. Muchas personas no comprenden el porqué de esta conducta, porque es claro que la guerra entre blancos en las colonias africanas, en Asia y en Oceanía no dejará de desprestigiar a unos y otros, a ingleses y alemanes, con notorio peligro para ambos, y por lo tanto, para La Gran Bretaña, en un porvenir no muy remoto. Se echa tierra a los ojos Inglaterra; es la opinión general. Y se alega, además, que el porvenir final de las colonias no depende de que por el momento las ocupen éstos o aquéllos, sino del tratado de paz, esto es, del resultado que tenga la contienda en los mares y territorios de Europa. Si Alemania vence, no sólo recobrará las colonias perdidas, sino que adquirirá, sin necesidad de conquistarlas por la fuerza, gran parte de las inglesas; y si es la Gran Bretaña la que triunfa, las colonias alemanas pasarán a su poder por la simple acción de una cláusula en el tratado.

Todo esto es verdad si la guerra ha de concluir con la derrota de uno de los dos Imperios; pero Inglaterra se prepara para otro caso, que no deja de tener muchas probabilidades de presentarse.

Volcando tropas heterogéneas y muchedumbres sin verdadera organización y con rudimentarios hábitos de civilización en Francia, Inglaterra sacrifica a sus aliados los franceses y les obliga a continuar la lucha, mientras ella permanece tranquilamente dentro de sus costas, viendo la guerra de lejos y extendiendo su comercio sin los tropiezos que se le oponían en la paz. Pero es posible o tal vez probable, que si los ejércitos franceses son derrotados una y otra vez, y las masas de advenedizos reclutadas por Inglaterra comienzan a cometer desmanes y atropellos en la vecina nación, Francia dé muestras de mal humor y comprenda que es la víctima propiciatoria y el instrumento de que se valen sus aliados para llevar a cabo su plan de engrandecimiento incontrastable. Posible es también que Rusia, si los turcos amenazan por otro lado y el ejército es vencido, se niegue

a proseguir una guerra de la que no ha de obtener grandes ventajas y que le aparta para muchísimos años de sus sueños sobre el oriente de Asia. Y entonces Inglaterra se vería sola y reducida a la fuerza de su propia escuadra; aunque ésta venciera a la alemana, quedaría en parte destruida y perdería aquel Imperio su supremacía marítima, quedando en inferioridad de fuerzas con respecto a Francia, a los Estados Unidos, al Japón. Entonces ¡ay de Inglaterra! Por consiguiente, en el momento mismo en que Francia y Rusia se avinieran a concertar la paz, Inglaterra tendría que hacer lo mismo aunque no hubiera sido derrotada: en tal hipótesis, si las colonias alemanas estuvieran en manos de la Gran Bretaña, sería muy posible que las retuviera para siempre, porque Alemania no querría desangrarse más y perder sus ventajas, a tanta costa conseguidas, sobre Francia y Rusia; de suerte que la guerra colonial a que se entregan los ingleses acredita su espíritu de previsión y es un síntoma de que se dan perfecta y clara cuenta de los peligros que encierra lo porvenir.

II.—Oficina universal de reclutamiento

Nueva Zelanda, Australia, África del S., Canadá, Indostán, Egipto, Portugal,... dan contingentes guerreros para luchar en favor de los ingleses. Entre tanto, ¿qué hacen éstos? Han enviado cien mil hombres a Francia, y fomentan la recluta voluntaria, en la que se alista, salvo honrosas excepciones, lo que no constituye precisamente lo mejor del Imperio. Es decir, que la Gran Bretaña hace la guerra con mercenarios, y se queda tranquila en casa; lleva los horrores y privaciones de la guerra a los países aliados, y con tal de que éstos se muestren mansos y resignados está dispuesta a enviarles hombres de las más diversas procedencias, religiones y costumbres. El caso es obligar a los franceses a que sigan con las armas en la mano, para que los comerciantes ingleses se vayan apoderando de los negocios de tirios y troyanos.

Y esto se hace, repite un día y otro día la prensa británica, por defender el derecho de Bélgica (el mismo derecho que trata de atropellar Inglaterra en Holanda) y por la causa de la libertad y de la civilización. Aquél que pone al servicio de la patria cuanto tiene y cuanto es, aquél que ofrece su vida y el porvenir y el bienestar de su familia, es altamente simpático a los ojos de los neutrales: tanto da que se llame francés, como alemán, como ruso; pero el que arma a los demás y sigue disfrutando de sus comodidades; el que no cesa de invitar a la guerra a todos los pueblos del orbe, comenzando por el italiano y el americano del Norte, y acabando por los negros del interior de África, y no da ejemplo; aquél que invoca el derecho, el respeto a los bienes ajenos, la ley, y se apropia las patentes de los enemigos y prohíbe el pago de los débitos y hace la guerra, no a la nación, sino al particular, no merece, por triste que sea decirlo, la misma benevolencia que los otros beligerantes. Y es que siempre Inglaterra ha tenido dos teorías y dos derechos, aunque muchos ilusos y sectarios quieran cerrar los ojos y no lo vean: uno para sí misma, y otro para los demás.

III.—Golpe maestro

Si la Gran Bretaña no es vencida en la presente contienda, habrá triunfado sobre todos sus enemi-

gos y rivales de ahora y de un lejano porvenir.

Los adversarios naturales de Inglaterra son, como hemos dicho otras veces, Francia en Europa y Rusia en Asia; gane o pierda, los ha inutilizado ya y, en lo sucesivo, ni le harán sombra, ni se le podrán poner enfrente. En el porvenir aparecerán otros rivales, bien claro lo daban a entender en los últimos años los periódicos ingleses; el primero es Australia, luego el Indostán, Canadá, el Africa del S., y a todos ellos los va debilitando y desangrando poco a poco haciéndoles intervenir en la guerra, mientras ella conserva incólumes sus fuerzas. Hasta al Japón consigue debilitar, no precisamente porque sea difícil y demasiado sangrienta la conquista de Kiao-schau, sino porque en el pueblo japonés fermenta hace tiempo el descontento y las ideas disolventes, y la expedición contra los alemanes no satisface ningún anhelo nacional y no dejará de tener sus consecuencias en el alma popular.

Por consiguiente, no es ya contra Alemania con quien guerrea Inglaterra, sino que lo que se propone en primer término es destruir a todos sus rivales, del pasado, del presente y del futuro. No cabe mayor maquiavelismo: pero el plan es tan grandioso, y necesita para su pleno éxito tantas favorables circunstancias, que es muy posible que fallen los cálculos de los ingleses y a la postre tengan que lamentar la ligereza con que han procedido.

IV. — ¿Se extenderá la guerra?

Declare o no la guerra, parece que Turquía está de hecho en ella; señales hay de que Rumanía no permanecerá neutral, y por de contado tampoco permanecerán en paz ni Bulgaria ni Grecia. Italia es la nación que demuestra mayor cautela y la que observa una actitud más envidiable; su diplomacia está superando a la inglesa; si también Holanda se ve envuelta en el conflicto, ¿podrá mantenerse la neutralidad de Suecia, Noruega y Dinamarca? ¡Qué triste ejemplo está dando Europa, y cómo se apresta a ceder su supremacía en manos de América! Por triste que para nuestro amor propio sea confesarlo, hay que reconocer que Europa ha entrado en la edad caída y que otros pueblos más jóvenes han de sustituirla pronto a la cabeza de la civilización, aunque no sea más que para impedir que la marcha de la humanidad encuentre un valladar terrible en Asia.

F. LARÍN.

OPERACIONES DEL EJÉRCITO BRITÁNICO DESDE EL DÍA 18 AL 24 DE SEPTIEMBRE

Comunicado oficial del 24 de septiembre:

El enemigo continúa manteniéndose en todo el frente, y para conseguirlo empeña en combate destacamentos compuestos de diferentes formaciones: ejército activo, reserva y landwehr, lo que se comprueba por los uniformes de los prisioneros recientemente cogidos. Nuestros progresos, aunque lentos, a causa de la fuerza defensiva de las posiciones que tenemos delante, han sido continuos en ciertas direcciones. La presente batalla puede todavía durar algunos días más antes de resolverse, porque tiene cierto parecido con la guerra de sitios. Los alemanes

emplean proyectores, y este hecho, junto con su gran fuerza en artillería pesada, hace sospechar que se valen del material que habían preparado para el sitio de París.

La naturaleza de la situación general después de las operaciones de los días 18, 19 y 20, queda bien expuesta en el siguiente parte de un general francés a su cuerpo de ejército, inmediato a los nuestros:

«Habiendo rechazado repetidos y violentos contraataques del enemigo en..., tenemos la impresión de que hemos resultado victoriosos».

En lo que concierne a los ingleses, los acontecimientos de los tres días se describen en pocas palabras. El 18, se mantuvo un fuego intermitente de artillería por ambas partes. Por la noche, los alemanes contraatacaron ciertos puntos de nuestra línea, apoyando el avance de la infantería, como siempre, por un violento cañoneo; pero los asaltos no se realizaron con gran vigor y cesaron a las dos de la madrugada. Durante el día, un cañón de tiro vertical del tercer cuerpo de ejército hizo caer a un aeroplano alemán. También se recibieron noticias de que una columna de caballería francesa destruyó una porción de la vía férrea al N., cortando — por lo menos temporalmente — una línea de comunicación que es de particular importancia para el enemigo.

El 19, los alemanes reanudaron muy temprano el cañoneo, que siguió con intermitencias y fué contestado por nuestra artillería. Algunos destacamentos de su infantería avanzaron cubriéndose en el terreno, aparentemente con la intención de atacar, pero se replegaron así que abrimos el fuego. El día transcurrió tranquilo, salvo el fuego de artillería, que es ya cosa corriente. Fué derribado otro aeroplano enemigo; y uno de nuestros aviadores consiguió arrojar varias bombas a las líneas enemigas, cayendo un proyectil incendiario sobre un parque de transportes, junto a La Fère, en el que produjo considerables efectos. Un parque incendiado de municiones del enemigo fué encontrado no lejos del Aisne, con diez vagones cargados de granadas y dos de cables, derribados; se vieron indicios de que fueron quemados muchos efectos, todo lo cual tiende a demostrar que la retirada de los alemanes al Aisne fué muy precipitada. Reinó un fuerte viento todo el día, acompañado de lluvia, lo que dificultó los reconocimientos aéreos.

El 20, nada de importancia ocurrió hasta la tarde, en que brilló a ratos el sol, aunque no con bastante fuerza para secar las ropas de la tropa. Los alemanes aprovecharon este buen tiempo para pronunciar varios contraataques, que fueron rechazados con pérdidas para el enemigo; las nuestras fueron muy serias. En una sección de nuestra línea de fuego, los ocupantes de las trincheras creyeron oír los acordes de una música militar poco antes de que se emprendiera el ataque. Se sabe ahora que la infantería alemana comienza el avance mientras tocan las músicas. La ofensiva contra uno o dos puntos fué renovada al anochecer, con no mayor éxito.

El peso de la resistencia ha recaído, naturalmente, sobre la infantería. No obstante la incesante lluvia que ha tenido que soportar y de que las trincheras estaban llenas de agua y barro, y a pesar de las continuas alarmas nocturnas y del casi incesante cañoneo a que se ha visto sujeta, nuestra infantería siempre ha



El general de infantería Hellmuth Juan Luis de Moltke, jefe del Estado Mayor General del ejército alemán



El general Nicolás Januschewitch, jefe del Estado Mayor General ruso

estado dispuesta para repeler los asaltos de la enemiga, que ha tenido que retroceder con grandes pérdidas. La vista de los *Pickelhauben* elevándose, ha servido para distraer a nuestros soldados en las largas horas de inacción bajo el fuego enemigo. El objeto de la gran masa de artillería empleada por los alemanes, es debilitar la resistencia de su enemigo mediante un fuego concentrado y prolongado y conmover sus nervios con fuertes explosivos, antes de iniciar el ataque de infantería. Parece que ha creído conseguir su objeto contra nosotros, pero no ha sido así y les ha costado muchas bajas el convencerse de ello. De

las manifestaciones de los prisioneros aparece que están desengañados del efecto moral que producen sus cañones pesados, los cuales no han compensado las pérdidas que nos han causado, con el colosal gasto de municiones, que verdaderamente han derrochado.

Esto no quiere decir que el tiro de su artillería no sea bueno; es más que bueno: es excelente. Pero el soldado británico no se impresiona ni conmueve, aunque caigan a su alrededor innumerables granadas cargadas de potentes explosivos, que estallan con terrible violencia y producen embudos que podrían servir de tumbas a cinco caballos. Las granadas de



Tropas y convoyes alemanes en marcha hacia Bélgica, al pasar por Aquisgrán (Fotografía del Dr. Vogel)

os obuses alemanes tienen 20 a 23 centímetros de calibre, y un impacto de ellas eleva enormes columnas de negruzco humo. Nuestros soldados las denominan en broma «Cajas de carbón», «Marías negras» y «Jack Johnsons». Los hombres que con tan buen humor miran las cosas de la guerra, están a prueba de las esperanzas que habían concebido los filósofos alemanes.

Por los prisioneros hemos tenido muchas noticias del enemigo. Se ha sabido que nuestro bombardeo del día 15 les produjo gran impresión.

Nuestra infantería utiliza tan bien el terreno que las compañías alemanas quedan diezadas antes de que consigan ver un soldado británico. De un diario oficial cogido por el primer cuerpo de ejército aparece que uno de los cuerpos alemanes contiene una extraordinaria mezcla de unidades. Si la composición de los demás cuerpos es análoga, se puede concluir que la potencia actual del enemigo no es siquiera comparable con la que tenía cuando la guerra comenzó. Las pérdidas en oficiales han sido particularmente grandes. Se dice que una brigada está mandada por un comandante, y algunas compañías de la guardia a pie van mandadas por voluntarios de un año; después de la batalla de Montmirail sólo quedaron cinco oficiales en un regimiento que tenía sesenta.

Comunicado oficial del 28 de septiembre:

Durante cuatro días hubo una relativa tregua en todo nuestro frente. El tiempo ha sido bueno, aunque las noches mucho más frías. Los vuelos han podido reanudarse. La llegada de refuerzos ha permitido relevar a las tropas de primera línea, que habían permanecido en las trincheras durante los días de lluvia. Varias nuevas unidades han recibido su bautismo de fuego en la última semana.

En los contra-ataques de la noche del día 20, los infantes alemanes, según se ha sabido, se fusilaron mutuamente, consecuencia de los peligros que entrañan los ataques convergentes en la oscuridad de la noche. Frente a una parte de nuestra posición se advirtió una considerable reunión de tropas enemigas al oscurecer, y pocas horas más tarde se oyó un violento fuego de fusilería frente a nuestra línea, aunque las balas no llegaron a nuestras trincheras.

El 21 llovió poco y el tiempo mejoró, continuando ahora bueno. La acción se redujo a la artillería y nuestros cañones, en un punto, ametrallaron y repelió al enemigo, que pretendía construir un reducito. Los alemanes, por su parte, bombardearon a gran distancia el pueblo de Missy. Las patrullas de reconocimiento enviadas durante la noche del 21 al 22 descubrieron algunas trincheras abandonadas y en ellas o a su proximidad unos 100 muertos y heridos. También se encontraron algunos fusiles, así como equipos y municiones. Hay otros varios indicios de que una parte de las fuerzas enemigas se ha replegado a alguna distancia.

También el 22 el tiempo fué bueno, con poco viento, siendo uno de los días de menos movimiento desde que llegamos al Aisne, por lo menos para nosotros, los ingleses. La artillería mostró poca actividad, aunque los alemanes enviaron al pueblo de Paissy algunos «Jack Johnsons». Ese pueblo se halla no lejos de un barranco en el que han tenido lugar algunos de los más encarnizados combates en que

hemos tomado parte. Sobre el terreno, entre las líneas de los dos ejércitos, yacen aún montones de cadáveres de infantes alemanes.

UNA MARCHA TERRIBLE

Son innumerables los relatos de acciones y episodios de la guerra. Se cultivan siempre en ellos las notas trágica o heroica, y leyéndolos parece que en campaña, desde el general al soldado, todos están henchidos de entusiasmo y desaparece la vida física o material para dar lugar sólo a la del espíritu. Abundan los rasgos de bravura, las hazañas individuales, el desprecio a la muerte, y parece que las voces cansancio, desaliento, sueño, temor, etc., no se han escrito para los guerreros. Sin embargo, la guerra real es muy otra de la que suelen reflejar en sus escritos los que refieren episodios de la misma. Uno de los relatos más sinceros y exactos, acaso el que mejor da idea de lo que es una retirada, es el debido a un oficial inglés, perteneciente a un regimiento de infantería, que tomó parte en la retirada de Mons; es un diario en que se anotaron casi hora por hora las impresiones de su autor, y el laconismo y sencillez de la frase emocionan más que la más altisonante elocuencia. Comienza el 21 de agosto y termina el 31 del mismo mes. Lo ha publicado *The Times*, de quien lo traducimos. Se han suprimido en el diario británico todos los nombres cuyo conocimiento pudiera ser útil al enemigo.

Agosto, 21.

Hemos estado 3 ó 4 días en Harrow Weald, y ayer noche se nos dijo que estuviéramos preparados para emprender la marcha al primer aviso.

Medianoche. A media noche partimos en dos trenes con destino desconocido. El pueblo de la ciudad nos dió un cordial adiós.

Agosto, 22.

6 de la mañana. Llegamos a Southampton a las 6 y embarcamos en el vapor...

7 de la mañana. A las 7 el... y el general... subieron a bordo, y casi al mismo tiempo el... quedó lleno de tropas.

8 de la mañana. Conseguí enviar una carta a las 8 y saqué 5 libras del bolsillo. Se nos leyó la proclama del Rey, que fué aplaudida.

11,15 de la mañana. A las 11,15 el vapor se puso en movimiento con rumbo a... La compañía obsequió a los oficiales con un delicado lunch, que fué el último por algún tiempo. Dormí de 2 a 4.

7 de la tarde. Poco después de las 7 nos cruzamos con una escuadra británica de nueve unidades.

8 de la tarde. No se ven señales de Francia. Los soldados se distraen cantando.

10,15 de la noche. Llegamos a... a las 10,15 y recibimos la grata nueva de que dormiremos a bordo. Distribuyo las raciones y me acuesto poco después de media noche.

Agosto, 23.

3,45 de la madrugada. Se toca diana a las 3,45; no me encuentro muy bien, por haber sufrido un ataque de asma. Marchamos dos millas a través de la ciudad para ir a acampar bajo el monumento a Napoleón. Nuestros muchachos están muy interesados viendo los fusiles y equipo de los soldados franceses.

Casi toda la mañana la pasamos durmiendo, y a medio día se nos distribuyen 17 mapas a cada uno.

7 de la tarde. Dejamos el campamento a las 7 de la tarde y en la estación se nos hace un recibimiento grandioso. Todos quieren estrechar nuestras manos. Me encuentro muy mal. A las 8 estamos acomodados en el tren. Todo el regimiento, todos los transportes y el cuartel general de la brigada viajan en el mismo tren. Los oficiales vamos en coches de primera clase, y la tropa en coches de tercera. Nuestro destino es desconocido.

Agosto, 24.

Después de un buen sueño me despierto en... Nos cruzamos con dos o tres regimientos franceses y a las

10 de la mañana llegamos a Le Cateau. Dos aeroplanos vuelan sobre la ciudad. Marchamos seis kilómetros, con un calor espantoso, y llegamos a un pueblo llamado Beaumont; por el camino vemos que algunos paisanos abren trincheras. La tropa sufre mucho por el calor y se pone ingobernable cuando los habitantes le ofrecen bebidas.

Mediodía. A medio día toda la... brigada se reúne y recibimos las raciones de etapa, por última vez. Los habitantes se interesan mucho por nosotros y nos traen toda clase de frutas y bebidas. Nos dicen que estamos a 30 kilómetros de la frontera belga y que el día antes se oía el estampido de artillería gruesa. Todos nos piden algún recuerdo.

3,30 de la tarde. Formamos (compañía E) y marchamos 300 metros, volviendo luego al punto de partida.

7 de la tarde. A las 7, cuando nos pusimos en comodidad para comer, se nos (compañía E) advierte de pronto que partamos sin pérdida de tiempo para las avanzadas. Marchamos, y mi pelotón vigila la carretera. No creemos que ocurra nada anormal, pero no me parece prudente entregarme al sueño.

Agosto, 25.

2 de la madrugada. Tomamos huevos y un delicioso café en una casa, y a las

2,15 de la madrugada nos reunimos con la brigada y emprendemos una marcha nocturna. En dirección N. se ven uno o dos pueblos que arden intensamente.

4,30 de la madrugada. Nos detenemos en un camino y tomamos té y galletas. Dos aeroplanos vuelan muy altos sobre nosotros, probablemente ingleses, pero no lo podemos afirmar. El general... mira hacia arriba. Se nos advierte que durante los dos o tres días siguientes tendremos una labor muy dura.

6,5 de la mañana. Oímos a distancia el tronar de la artillería de campaña y se nos avisa que el enemigo se mueve hacia nuestra posición. El ruido del fuego se va acercando y comenzamos a ponernos en movimiento.

7,30 de la mañana. Marchamos hacia atrás y adelante dos o tres veces y por fin ocupamos nuestra posición. Tres intérpretes franceses se van y un regimiento de territoriales franceses pasa junto a nosotros, rechazado por los alemanes. El... de fusileros está 500 metros delante de la granja, y nosotros y el... formamos línea con la granja. La compañía C, aunque ha prestado el servicio de avanzadas toda la noche, ha invertido toda la mañana excavando trincheras. Un monoplano alemán (taube) vuela sobre

nosotros y recibe una tremenda descarga de la 11.^a brigada que no consigue hacerle caer. Tenemos un hermoso campo de tiro.

1 de la tarde. Se nos releva en la excavación y comemos.

6 de la tarde. De improvviso se da la voz de alarma, porque el enemigo está a lo largo de todo el frente. Al mismo tiempo, se oye un terrible fragor. Ocupamos las trincheras, quedando mi compañía (E) en reserva en...

6,30 de la tarde. Las granadas estallan a 800 metros delante de nosotros.

6,45 de la tarde. Tres granadas (lidita) estallan en la casa.... La compañía C despliega para evitarse bajas; mi pelotón está en el extremo, junto a la carretera.

7 de la tarde. Otras tres granadas estallan en... Esperamos que pronto caerán sobre nosotros, pero no es así. Un... fué muerto y tres heridos. Uno de nuestros hombres se desmayó.

8,15 de la noche. De pronto estalla un espantoso fuego de fusilería en la dirección de las otras compañías, las cuales destrozan a una patrulla de uhlanos.

9,15 de la noche. Emprendemos una marcha nocturna. Cuatro o cinco pueblos arden a nuestro alrededor y las llamas se elevan a lo alto. A media noche se oye el galopar de caballos.

Agosto, 26.

Batalla de Hancourt, San Quintín y Cambrai.

Amanecer. Después de marchar otros 3 ó 4 kilómetros, los hombres están cansados y hacemos alto en un campo, donde duermo una hora. Nos despierta el tiro de cañón desde una altura que está a un kilómetro de distancia. Formamos en el acto y avanzamos en dos líneas, A y media compañía C en la primera, y el resto de C en la segunda. Yo estoy en la segunda. La primera línea avanza hasta 100 metros de la altura, y recibe un espantoso fuego de shrapnel y ametralladora que la destroza; no vuelve ni la cuarta parte. Yo llego a 200 metros de la base y retrocedo con ella a la carretera...., ..., y ... fueron heridos en el ataque.

8 de la mañana. Construimos febrilmente pequeñas trincheras para hombres aislados, con nuestros útiles de zapador, a lo largo de la posición marcada—. Entre tanto, se desarrolla un terrible duelo de artillería por encima de nuestras cabezas y también se oye la fusilería; lo suficiente para que ocultemos nuestras cabezas.

Mediodía. El fuego disminuye y podemos tomar un bocado. Se procede a recoger los heridos para llevarlos a la casa..., desde donde se evacúan a la iglesia de Ligny. Vi a..., que parecía muy triste porque le habían roto una pierna.

1 de la tarde. Súbitamente, estallan otra vez las granadas sobre nuestras cabezas, y volvemos a las trincheras... y yo somos enviados atrás con 20 ó 30 hombres, para excavar otra línea de trincheras. Acabábamos de separarnos para ponernos al trabajo, cuando una granada cayó entre los hombres de... y los derribó a casi todos;... fué herido también en la cara. Inmediatamente comenzó una lluvia de shrapnels y recogí los hombres ilesos, y los conduje a un

campo de coles, que en parte nos protegían de las vistas. Un oficial irlandés pasó con algunos de sus soldados, y varios de los míos creyeron que se había dado la orden de retirada y se marcharon con aquel oficial. Algunos hombres fueron heridos detrás de las coles, y yo con los demás, seis, avancé a la tercera línea de trincheras. Encontré a... en la segunda trinchera... de la derecha, y me quedé con él hasta las 2.

2 de la tarde. Pasamos el resto de la madrugada en aquella trinchera, sin que los shrapnels dejaran de estallar sobre nosotros y a nuestro alrededor. Casi no cesó de llover, pero pude seguir mi diario. Había una ametralladora junto a la casa, y cada vez que disparaba atraía el fuego de cañón. Toda la mañana, una batería alemana trató de batir esa casa; nuestros cañones no pudieron dar con esa batería, de modo que estuvimos sujetos al tiro de la artillería toda la mañana, pero solamente una granada cayó muy cerca y nos llenó de barro. Las trincheras que ocupábamos medían 30 centímetros de profundidad, 90 de largo y 60 de ancho, con un pequeño parapeto circular que nos protegía del tiro de frente. Me pareció un error que fueran tan largas, porque nuestros pies y piernas quedaban expuestos a los balines del shrapnel.

6.45 de la tarde. La batería alemana corrige el tiro a la casa y pone tres granadas en el interior de ésta; se iba haciendo de noche, pero vimos la explosión de una que cayó a nuestra derecha, a la vez que oímos un tremendo fuego detrás de nosotros, hacia Ligny.

7.15. Después de algunas otras descargas, los cañones enmudecieron... y yo fuimos a la casa y encontramos a..., ... y uno o dos oficiales de otros cuerpos con 300 hombres. No recibimos órdenes para retirarnos y no sabíamos nada de lo que le había ocurrido a la brigada. Decidimos, por lo pronto, dormir en las trincheras. Ocupamos las trincheras, el... de fusileros haciendo frente a Harcourt y nosotros mirando a Ligny. De hecho, la formación era circular, con los apoyos, principalmente el... de fusileros, en el centro. La noche era muy oscura y sólo estaba alumbrada por el incendio de los pueblos. Poco después de oscurecer oímos nueve o diez clarines que sonaban a nuestro flanco. Sabíamos que no eran ingleses, pero pensamos que probablemente serían franceses.

10 de la noche. Una columna alemana avanzó hacia nosotros en dirección de Harcourt y tropezó con el... de fusileros. Los alemanes se retiraron a los pocos minutos, probablemente con duras pérdidas, pero como estaba muy oscuro no pudimos comprobarlas. El... debe haber sufrido mucho... comprendió entonces que los alemanes se encontraban a los dos lados de nosotros y decidió retirarse por un camino u otro. Al cabo de dos horas consiguió sacarnos a todos de allí y nos condujo al camino marcado..., que era un sendero hondo que cruzaba la comarca y conducía a un pequeño pueblo llamado Seligny. Entre tanto, encontramos a... y ... y una sección de soldados extraviados, los cuales, por lo que he sabido, no se han vuelto a incorporar. También... se había extraviado. Aguardamos media hora, y entonces, guardando un absoluto silencio y marchando tan juntos como nos fué posible, comenzamos nuestra marcha a través de los alemanes.

Agosto, 27.

El pueblo de Ligny estaba entregado a las llamas. Después de marchar media hora, y cuando estábamos en una depresión del terreno, resonó un disparo de fusil; aguardamos dos o tres minutos, pero el tiro no se reanudó. Parecía proceder de un punto más elevado que nosotros, pero también pudo ser debido a alguno de nuestros soldados extraviados.

A la una y media nos detuvimos en Seligny para descansar. No había un alma y en la calle principal nos echamos al suelo para dormir.

Nos despertamos poco antes de amanecer. No conocíamos la dirección de la retirada, ni teníamos idea de dónde se encontraban las tropas británicas y las alemanas; tampoco teníamos artillería ni caballería que nos protegieran. Eramos apenas unos 300 oficiales y soldados..., que se había extraviado, apareció y tomó el mando. Decidimos primero marchar hacia una ciudad de la línea férrea llamada Busigny, que el día antes estaba ocupada por los ingleses. Esta ciudad está algo apartada del camino de París, pero esperábamos encontrar en ella algún tren. Todo estaba abandonado, y sólo se veían algunos fugitivos.

6.30 de la mañana. Encontramos un capitán y un soldado del..., que nos dijeron que aquel cuerpo estaba emboscado.

8.15 de la mañana. Entramos en Marez, a tres kilómetros de Busigny, pero un habitante nos salió al encuentro gritándonos que los uhlanos estaban cerca... se adelantó y vió cuatro patrullas de uhlanos cruzando el camino inmediato al pueblo, a no más de 800 metros delante de nosotros. Pasaron sin vernos. Comprendimos que Busigny estaba ocupado por los alemanes y que nos encontrábamos precisamente en la dirección del avance alemán. Decidimos retroceder y seguir en otra dirección. Los hombres estaban muy cansados, hambrientos y con los pies lastimados, pero no podíamos concederles ningún descanso. Comenzaron a arrojar todo lo que llevaban excepto el fusil y las municiones. Encontramos un carruaje ligero sobre el que pusimos las ametralladoras.

11 de la mañana. En Baurevois vimos una larga columna de infantería alemana con sus transportes, moviéndose en un camino paralelo al nuestro y distante un kilómetro a nuestra derecha. Estábamos marchando con esa columna a nuestra derecha y la caballería alemana enfrente de nosotros y a nuestra izquierda. Por una suerte extraordinaria, la columna de nuestra derecha no nos vió, o probablemente creyó que éramos alemanes, porque no había ingleses por allí cerca; tampoco la caballería alemana nos vió.

11.30 de la mañana. La alarma llegó de la retaguardia, porque se acercaban los alemanes; esperamos, pero la alarma fué infundada. Todo este tiempo estuvimos marchando muy separados de nuestra división.

Mediodía. Encontramos un soldado de nuestra división en Bellincourt, quien nos enseñó la dirección de la división. Descansamos cinco minutos y nos pusimos de nuevo en camino. Buscamos en vano durante dos horas, estando nuestros soldados cada vez más fatigados.

2 de la tarde. Nos detuvimos en un bosquecillo



El teniente Otto Veddingen, comandante del submarino U-9, que echó a pique tres cruceros acorazados ingleses



El general austriaco Auffenberg, derrotado por los rusos en Rava-Ruska



A bordo de un crucero inglés: cañoneando a un submarino alemán



Una guerrilla francesa avanzando, en la región del Mosa



Desfile por el paseo Unter den Linden, de Berlín, de los trofeos de la victoria obtenida por los alemanes sobre los rusos en Tannenberg

Ayuntamiento de Madrid

para descansar. Habíamos sabido por un ginete francés extraviado, que los alrededores parecían limpios de alemanes. Descansamos y comimos lo poco que nos quedaba.

2,30 de la tarde. Uno de nuestros soldados fué capturado por una patrulla de seis uhlanos a cien metros de nuestro bosquecillo. Aguardamos hasta las cuatro, cuando la patrulla se alejó al galope, y nos deslizamos fuera del bosquecillo sin ser vistos. Luego supimos por un extraviado que el bosque había sido cañoneado una hora después de nuestra partida. Estábamos de nuevo completamente fuera de contacto con nuestra división y nada pudimos sacar en claro de los habitantes, excepto que algunas horas antes habían sido vistos algunos ginetes alemanes.

6 de la tarde. Hicimos alto en un sendero extraviado, de márgenes elevadas, y nos echamos completamente rendidos de fatiga, con los pies doloridos, y hambrientos. Poco antes de oscurecer vimos algunos habitantes que venían por el camino, a los que al principio tomamos por alemanes.

7 de la tarde. Uno de nuestros oficiales y seis hombres entraron en un pueblo distante 600 metros, en busca de pan y agua. Regresaron a toda prisa diciendo que el pueblo estaba lleno de alemanes. Oscureció y el comandante nos dejó dormir hasta las doce de la noche.

Agosto 28.

Medianoche. Formamos en absoluto silencio y partimos de nuevo, sin habernos podido reponer de sueño y comida.

2 de la madrugada. Nos tumbamos junto al borde del camino.

Amanecer. Nos despertó un corto fuego de fusilería de la dirección que habíamos traído, probablemente ejecutado para aniquilarnos. Partimos de nuevo, cansados, sedientos, hambrientos, y a las

7 de la mañana, nos detuvimos en un pueblecillo llamado Berne, donde encontramos un oficial francés de caballería, quien nos dijo que al parecer había sido contenido el avance alemán. Tomamos café y pan en Berne y a las ocho reanudamos la marcha hacia Peronne; un cuarto de hora después de salir de Berne, un labriego llegó en bicicleta y nos dijo que Berne estaba lleno de alemanes. Peronne distaba trece kilómetros, pero esperábamos dormir allí bien. A seis kilómetros de Peronne encontramos calzado, que al parecer había sido arrojado de algún carro de transporte, para aligerarlo de peso.

10 de la mañana. Encontramos millares de jinetes e infantes franceses. El general francés vino a nuestro encuentro y nos dijo que los alemanes estaban avanzando y que era inminente una acción de caballería. También nos dijo que le agradaría que nos quedáramos allí para animar a sus soldados. El comandante protestó que no nos hallábamos en estado de combatir, sino de descansar. Hicimos alto en un

camino, mientras la caballería formaba pie a tierra. Tres granadas cayeron a un kilómetro de distancia.

10,30 de la mañana. Nos pusimos en marcha para hacer otros veinte kilómetros. Pasamos a través del frente de batalla, con las granadas sobre nuestras cabezas. La marcha de veinte kilómetros hasta Ham fué terrible y nos puso a prueba. Los hombres se caían a cada momento, pero no podíamos hacer alto; sólo descansamos una vez veinte minutos para animar a nuestros soldados. La caballería francesa estuvo a punto de hacernos fuego por el camino; pero nos animaba la idea de llegar a Ham.

3 de la tarde. Nos incorporamos a la retaguardia de la división, cerca de Ham, y pasamos un puente sobre el río, momentos antes de que lo volaran nuestros zapadores; por fin tuvimos detrás una cortina de caballería.

Sólo quedaban 100 hombres de los 300 que emprendieron la retirada. Vimos cerca de Ham cómo ardían junto al camino las raciones de etapa, espectáculo que no nos alegró.

4 de la tarde. Descansamos una hora en un pueblecillo y nos quitamos las botas por primera vez en tres días y examinamos nuestros destrozados pies.

5 de la tarde... nos dijo que debíamos marchar otros 16 kilómetros a nuestra izquierda. Empezamos el camino preguntándonos cómo podríamos andar tanto. A los seis kilómetros, nos alcanzaron los caballos de los convoyes, y montamos en los carros. Pero estos convoyes sólo adelantaban cien metros por hora, y al cabo de otra hora desensillaron para descansar. No fué posible dormir. Procuramos encontrar algunos automóviles que iban a incorporarse al cuartel general de la brigada. Subí en uno de ellos, y al llegar la noche hicimos alto en un bosque. Me eché sobre el camino y por fin pude dormir.

29 de agosto.

8 de la mañana. Nos dieron (éramos 50) algún alimento y nos condujeron a un campamento cerca de Compiègne, donde encontramos 3.500 hombres de todos los cuerpos, así como al capitán... y ... y unos 250...

7 de la tarde. Nos acostamos para reponernos del sueño, descanso que teníamos bien ganado.

8 de la noche. Un oficial de Estado Mayor vino a avisarnos que el cuartel general estaba en movimiento y que teníamos que partir enseguida para Ruán.

Agosto, 30.

Esperé desde las 12,15 a las 4,15 para subir al tren, y a las cuatro de la tarde llegamos a Ruán. Allí no se nos esperaba y fuimos enviados a Le Mans, saliendo de Ruán a las 7 de la tarde.

Agosto, 31.

La jornada fué espantosa. Cada vez que nos deteníamos dejábamos atrás seis hombres. Llegamos a Le Mans a las 9,30 y nos alojamos en un cuartel de infantería.

CRÓNICA MILITAR

I. La acción militar en Bélgica.—II.—Crisis militar que se aproxima —III. La preparación militar de Rusia.—IV. La primera campaña austro-rusa.—V. Crónica naval.—VI. La situación el 20 de octubre

I. — La acción militar de Bélgica

Ha cesado ya la acción militar de Bélgica, y es ocasión de examinar la influencia que ha ejercido en el conjunto de las operaciones en el teatro occidental.

La resistencia de Lieja paralizó el avance de los alemanes durante tres días; los combates de retaguardia que tuvieron lugar desde el 8 al 22 de agosto, entorpecieron la marcha del invasor, y aunque éste no cesó de progresar ni de conseguir sus sucesivos objetivos a medida de sus deseos, es indudable que tuvo que ajustar sus operaciones a la conducta que se sigue en país enemigo, adoptando precauciones y recurriendo a las armas en multitud de ocasiones. La plaza de Namur detuvo otros dos días a los alemanes, y sobre todo fué causa de que se hicieran fuertes en ella los franceses y pudieran librar en buenas condiciones la batalla de Charleroi. Posteriormente, en todo el mes de septiembre, la resistencia de los belgas decayó visiblemente, pero, no obstante, continuaron luchando y se replegaron paso a paso a Amberes, de donde por fin fueron desalojados el 9 de octubre. Más recientemente todavía ha concluido de dispersarse el ejército belga, que ha cesado de existir como masa organizada combatiente.

Desde el punto de vista exclusivamente belga-alemán, la resistencia de aquel reino ha resultado completamente ineficaz y, aunque la declaración no sea halagadora para los belgas, no preocupó a los alemanes, ni les obligó a modificar sus planes, ni les produjo ningún contratiempo de importancia. Las operaciones contra los belgas fueron siempre encomendadas a tropas poco numerosas, a menudo de reserva, y jamás revistieron el carácter de movimientos principales, sino secundarios.

No se llega a la misma consecuencia si se toma en cuenta el punto de vista franco-alemán. De no haber cerrado Lieja las puertas al invasor, ni resistido los belgas en las márgenes del Mosa y del Sambre, al mismo tiempo que en los caminos que conducen a Bruselas, los alemanes hubieran llegado a Namur antes de que los franceses pisaran la frontera belga y la primera batalla de la guerra, en vez de ser reñida en el frente Mons-Luxemburgo, fuera librada en el interior de Francia. Al mismo tiempo, los contingentes armados que hubo necesidad de distraer en guarniciones y destacamentos o emplear contra los restos del ejército belga, hubieran concurrido a la acción contra los aliados, y desde el primer día de batalla los alemanes contarán con fuerzas suficientes para envolver el flanco izquierdo de los aliados, toda vez que la marcha desde Bruselas al S. no hubiese tropezado con el menor obstáculo. Finalmente, gracias a Amberes, los alemanes hubieron de mantenerse largos días inactivos o poco menos en el Aisne, sin perder de vista lo que pudiera acontecer a su espalda. De suerte que, en resolución, la resistencia de Bélgica permitió al general Joffre, en las primeras semanas de la guerra, trasladar sus masas desde la frontera del E. a la del N., y en sep-

tiembre poner término al impetuoso avance de los alemanes en su marcha hacia el S. Si Bélgica se hubiera limitado a protestar de la violación de su neutralidad, hace ya tiempo que París estaría en manos del invasor y probablemente la línea de fuertes de la frontera del E. habría sido rota en varios puntos, por lo que puede y debe afirmarse que Francia debe a Bélgica el inapreciable servicio de haber podido organizar la resistencia y presentar la primera batalla, y como consecuencia las posteriores, en condiciones que por sí misma no habría podido obtener. La causa de los aliados debe a Bélgica, por consiguiente, eterna gratitud, y el pequeño reino, aun luchando sin esperanza de salvación, ha pesado mucho más en la balanza de la guerra terrestre que la poderosa Inglaterra.

Francia hizo lo que estuvo a su alcance para apoyar a los belgas, porque no vaciló en enviar su caballería y sus tropas de frontera al Mosa y a Namur; pero el principal auxilio competía prestarlo a la Gran Bretaña, cuyos ejércitos tenían su lugar propio e indicado en Flandes y no en el interior de Francia. Si es cierto que Inglaterra envió un pequeño cuerpo expedicionario a Amberes, ello debe ser mirado más que como socorro y refuerzo militar, como excitación a que los belgas resistieran hasta el último momento. Nada pesaban ni influían algunos millares de hombres más o menos en aquel campo atrincherado. Sin embargo, según la prensa británica, el ejército inglés fué despachado a Francia y no al litoral de Bélgica, por imposición del gran cuartel general francés.

Los alemanes, por su parte, han de agradecer a los belgas el haber defendido con las armas en la mano la neutralidad del reino, porque gracias a esa actitud pudo el invasor hacer uso de la fuerza y apoderarse de Amberes, que es la posición que más necesitaba para su lucha con la Gran Bretaña.

II. — Crisis militar que se aproxima

En los ejércitos modernos, más que en los antiguos, desempeñan un papel de primer orden los cuerpos de oficiales y clases. El servicio militar obligatorio retiene en filas a hombres de todas condiciones y de los hábitos y sentimientos más diferentes. La inmensa mayoría de los reclutas no son guerreros por temperamento ni por afición, y por mucho que se esfuercen sus instructores y sus jefes, es imposible infiltrar en ellos un espíritu militar que forme como una segunda naturaleza y prevalezca sobre los instintos y el modo de ser particular de cada uno. Lo más que se puede conseguir es que arraigue profundamente en ellos el sentimiento de la disciplina y la obediencia y que se despierte un rudimentario espíritu militar: nada más. Un pelotón de soldados no se conduce lo mismo si lo manda un oficial y lo encuadran buenas clases que si se ve entregado a sus propias fuerzas. Tan cierto es que la cohesión y fuerza de un ejército depende de los cuadros de oficiales y clases, que los pánicos, las huidas, las entregas con

armas y municiones, de masas relativamente numerosas, reconocen casi siempre por causa la pérdida de los jefes y oficiales. Y se ha dado el caso en campaña reciente — la ruso-japonesa — de que cuerpos y tropas que en los primeros tiempos de la guerra dieron prueba de un valor y de un desprecio a la vida extraordinarios, aflojaran más tarde y presentaran síntomas evidentes de debilidad, cuando, por haber quedado fuera de combate los oficiales que las mandaban, hubieron de ser reemplazados por oficiales improvisados o simplemente de las últimas reservas, es decir, por militares no profesionales; tal aconteció con los japoneses.

Por otra parte, en campaña, los deberes más espinosos y difíciles recaen sobre los oficiales; ellos son quienes menos descansan, los que además de las privaciones de orden físico tienen que entregarse a un activo trabajo mental, los que asumen las responsabilidades, los que más expuestos están, pese a lo que recomiendan los reglamentos, a las balas y a las enfermedades. De suerte que es regla invariable que las bajas de oficiales superen considerablemente en tanto por ciento a las de tropa, y buena prueba de ello es lo que está aconteciendo en nuestras campañas de Marruecos.

Teniendo esto en consideración y no olvidando que es incomparablemente más fácil reemplazar a un soldado que a un oficial, cuya formación requiere años de estudio y años de práctica y experiencia en los cuerpos armados, se comprende que las grandes potencias militares hayan dedicado atención preferente al reclutamiento de una excelente y abundante oficialidad para el caso de guerra. Pero mantener en tiempo de paz un número de oficiales muy superior al que requieren las necesidades del servicio cuesta mucho dinero y es siempre de dudosa utilidad, si el período de paz se prolonga más allá de una generación militar de oficiales; y, además, aunque fuera posible conservar en activo servicio el número de oficiales indispensable para las atenciones de una campaña, tampoco se lograría el objeto, porque lo interesante no es que haya muchas personas que ostenten las insignias de oficial, sino que los tales oficiales lo sean realmente, de hecho, y ello exige como condición imprescindible que todos estén entregados a deberes activos y permanezcan en contacto con las tropas; en tiempo de paz los efectivos no consienten que ejerzan mando tantos oficiales como son necesarios en tiempo de guerra, de suerte que un exceso de militares de profesión en circunstancias normales, sobre recargar el presupuesto, tendría como consecuencia el que se enmohecieran los conocimientos militares y se fuera perdiendo la práctica de la profesión; el remedio sería peor que el daño que se trataría de evitar.

Para resolver satisfactoriamente el problema, Alemania comenzó por nombrar oficiales de las reservas a cierto número de voluntarios y soldados de activo al expedirles la licencia, mediante pruebas más o menos rigurosas: los retirados, los que por motivos no deshonrosos abandonaban las filas del ejército fueron también mantenidos en el cuadro de oficiales de reserva, y a unos y otros, con ligeras excepciones, se les sometió al deber de concurrir a ciertas llamadas y maniobras, que les ofrecieran ocasión para recordar sus funciones e impidieran que se extinguie-

ra en ellos el espíritu de mando y el profesional. Con todo, claro es que esa categoría de oficiales no tiene nunca el mismo valor que la de los oficiales del ejército activo, de vocación y carrera. Francia siguió el mismo camino en líneas generales, y lo mismo hicieron Austria, España y otras naciones.

Con todo, la crisis producida por el enorme número de bajas causadas en la oficialidad ha de comenzar pronto a dejarse sentir o ha comenzado ya a notarse, de modo que lo que interesa es saber cuáles son los ejércitos que la pueden soportar mejor.

Entre todos ellos ocupa el primer lugar el ruso. Los inmensos efectivos de su ejército en tiempo de paz y el ser mayor la proporción de oficiales que en Francia y Alemania, permite a Rusia ir reponiendo las bajas de oficiales con los que llame de los cuerpos que por absoluta imposibilidad material de distancia, tiempo o consideraciones de seguridad interior, no han de tomar parte en la guerra, por mucho que dure. Pero, en compensación, el ejército ruso es de todos los de Europa, aquel en que más necesaria es la acción del oficial, por la pasividad, falta de instrucción e indolencia del soldado de aquel imperio. Recordando lo que hizo Rusia en 1904-5, la crisis de oficiales no ha de sentirse mucho en aquel ejército.

Corresponde el segundo lugar a Alemania que tiene relativamente bien estudiado el problema; es más fácil en su caso, porque la organización general del país y los arraigados sentimientos de disciplina y organización de todas las clases sociales, predisponen a los ciudadanos a cumplir bien sus deberes militares. Para el soldado alemán es necesario el oficial pero no en el mismo grado que para el ruso, ni para el austriaco. El Kaiser ha tomado medidas para remediar esa deficiencia; han sido abolidas las antiguas leyes de Prusia sobre el ascenso a oficial, y se han dado facilidades a las clases y voluntarios de un año para que asciendan a oficiales del cuadro de reserva.

Viene luego Francia. Sus oficiales de reserva y territoriales valen menos que los alemanes, desde el punto de vista militar; mas, esa desventaja está compensada por ser el soldado francés, entre todos los beligerantes, el que mejor puede prescindir de ser mandado por el número indispensable de oficiales: su instrucción general es más completa, mayor su iniciativa, más rápida su comprensión y más eficaz su entusiasmo. Sólo en el caso de batallas desgraciadas es cuando se hará sensible a Francia la falta de buenos oficiales; en la ofensiva, la crisis no tendrá graves consecuencias.

Austria está en peores condiciones que las otras tres naciones. La oficialidad de reserva y landsturm viene a encontrarse en análogo caso que la francesa, pero el soldado austriaco es bastante inferior al francés y al alemán.

Finalmente, Inglaterra ha descuidado casi por completo este asunto, y como consecuencia los refuerzos que a toda prisa está organizando tendrán muy poco valor militar.

En cuanto a las clases, o sea los suboficiales, sargentos y cabos, su importancia es también extraordinaria. He de repetir que la capacidad militar de un ejército se mide por sus cuadros; si éstos son buenos, las tropas lo son también; si dejan que desear, el

mejor soldado del mundo dará medianos resultados.

Persuadida Alemania de esta verdad, ha recurrido a todos los medios en los últimos años para conseguir que el número de clases de carrera, esto es, de suboficiales y sargentos que continuaban muchos años en las filas, fuera creciendo constantemente; y en el presupuesto del presente año llegó a contar con un número de reenganchados que casi llegaba a cien mil. Mientras las bajas por el plomo y las enfermedades no disminuyan considerablemente esta cifra, el ejército alemán se encontrará en condiciones de ventaja marcada sobre los demás, pero si la guerra se prolonga tenderán a igualarse en este concepto todos los ejércitos.

El ruso no dispone de tantas facilidades para reemplazar sus clases como sus oficiales; el francés tampoco, pero no le son tan necesarias; el austriaco está en el mismo caso que el ruso; y el inglés se encuentra en una inferioridad manifiesta, que cada día se hará más patente. La Gran Bretaña no ha querido preocuparse de su ejército de tierra y ahora toca las consecuencias, teniendo que arrostrar la vergüenza de enviar a Francia contingentes de todas las partes del mundo, entre los cuales figuran en número insignificante los ciudadanos genuinamente británicos, los verdaderamente interesados en el conflicto.

Como conclusión de este ligero exámen, se puede sentar que si la guerra se prolonga mucho tiempo los ejércitos que mejor podrán soportar la crisis de la falta de oficiales y buenas clases son el alemán y el francés, y a bastante distancia de ellos el ruso; los demás perderán el vigor de los primeros meses y las operaciones se resentirán.

III.— La preparación militar de Rusia

Dije y sostuve en las primeras crónicas que la movilización del ejército ruso no podía estar terminada en agosto, y que probablemente hasta últimos de septiembre no estarían presentes en filas los reservistas necesarios para el paso del pie de paz al de guerra. Se ha confirmado lo que dije, puesto que las noticias oficiales rusas dan como terminada la movilización en los primeros días de octubre, o sea más tarde de la fecha que yo había señalado.

Sin embargo, según ahora se ha sabido, los efectivos de los ejércitos rusos en Polonia y en las fronteras de la Prusia oriental alcanzaron en la primera quincena de agosto una importancia bastante superior a la que se les había atribuido. Ello se consiguió, no mediante la movilización completa de los cuerpos de ejército de los distritos militares más inmediatos al teatro de la guerra, sino gracias a una movilización parcial llevada a cabo con mucha antelación, y a una concentración que empezó a desarrollarse con anterioridad a la de la ruptura de las relaciones diplomáticas.

La movilización en algunos distritos militares rusos tuvo lugar en marzo pasado, y en seguida comenzó una lenta concentración; a raíz del atentado de Sarayevo, Rusia había llamado a las fronteras austro-alemanas ciertos cuerpos de ejército, poniéndolos en un pie de efectivo reforzado. Recordando el escaso rendimiento de la red ferroviaria del Imperio, que no se interrumpió el tráfico

comercial en ella ni padeció el transporte de viajeros y que varios cuerpos tenían su cuartel general a muchos centenares de kilómetros de Polonia, ha de admitirse que los primeros preparativos militares de Rusia datan de la época en que se manifestó la crisis austro-rusa, con motivo de las campañas balcánicas de 1912-1913.

Como quiera, es lo cierto que, sin advertirlo el embajador alemán ni el agregado militar en San Petersburgo y sin que el hecho llegara a noticia del gobierno alemán, Rusia había acumulado en su frontera del S. O. una masa de un millón y medio de hombres aproximadamente, con la cual esperaba aplastar la resistencia de los alemanes y de los austriacos antes de que unos y otros advirtieran el peligro. Teniendo en cuenta esta preparación de Rusia, adquiere toda su significación la visita del Presidente de la República francesa al Czar en julio pasado.

Al estallar la guerra, los ejércitos rusos que combatieron en la Prusia oriental fueron dos: el primero se componía de los cuerpos de ejército II, III, IV y XX, las divisiones de reserva tercera y cuarta y la quinta división de caballería; el segundo estaba formado por los cuerpos de ejército VI y XXII, una división de reserva, una división de caballería, tropas cosacas y el III cuerpo de ejército siberiano. En conjunto sumaban estas tropas más de 350.000 hombres. Más a retaguardia se mantenían otros dos o tres cuerpos de ejército con su cuartel general en Varsovia, de suerte que el general alemán von Hindenburg tuvo que sostener el choque con un enemigo muy superior en número. Como es sabido, el resultado de la primera campaña fué desastroso para los rusos, que perdieron mucho material de guerra y 150.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Pero esos ejércitos de Vilna y de Varsovia no constituían más que una pequeña parte del total enviado al teatro de operaciones. Contra los austriacos opusieron los rusos un efectivo de más de un millón de hombres, fraccionado en cinco masas: dos en la región de Lublin, otra a retaguardia, y las dos principales en el flanco izquierdo, que fueron las que decidieron la campaña con la derrota de los austriacos.

A consecuencia de la victoria de von Hindenburg, Rusia ha enviado al N. de Polonia, a los distritos de Vilna y de Gródno, gran parte de los refuerzos que ha podido reunir desde 1.º de septiembre a 1.º de octubre; al parecer, ha desatendido algo el teatro meridional, el de Galizia, donde, contando con la superioridad de sus fuerzas sobre las austriacas, le pareció que no había de temer ningún peligro inminente y, sin embargo, hay indicios de que allá se han encaminado la mayor parte de las tropas de refresco que ha enviado Alemania a su frontera oriental.

Sigo opinando que Rusia obró con harta imprudencia al lanzarse en ocasión prematura a la guerra. Ciertamente es que gracias a medidas comenzadas a poner en práctica con muchos meses de antelación, pudo disponer Rusia de superioridad numérica en el primer período de la campaña, pero ello se obtuvo a costa de una movilización deficiente, que luego habrá sido imposible continuar y completar en buenas condiciones en lo que concierne a los cuerpos

ya quebrantados por las operaciones. Por otra parte, esa precipitación en obrar sólo sería disculpable si Rusia hubiera logrado resolver decididamente la campaña y poner fuera de combate al enemigo, por lo menos durante un período de seis meses, el que necesita el Czar para trasladar al teatro de la guerra otros dos millones de hombres con todo su material. No ha sido así, porque en Prusia oriental fueron deshechos los rusos y en Galizia, aunque fuertemente derrotados los austriacos, la llegada de sus aliados los alemanes les va a permitir o les ha permitido ya tomar de nuevo la ofensiva. De modo que, en conjunto, opino que Rusia no ha tenido bastante en cuenta ni sus intereses ni lo que demandaba la situación militar. Tal vez confiaba demasiado en sus propias fuerzas, pero lo más probable es que mediante la rapidez y violencia de su acción quisiera intimidar a Rumanía y Turquía y, al mismo tiempo, es de creer que fuera aconsejada por Francia e Inglaterra a dar un paso que había de beneficiar a estas dos Potencias, pero que a la larga resultaría perjudicial para el imperio moskovita. Los hechos han de ser quienes confirmen o contradigan estas presunciones.

IV.—La primera campaña austro-rusa

He leído cuanto acerca de la primera campaña austro-rusa, que terminó con la retirada general de los austriacos, ha referido la prensa inglesa, francesa y alemana; unas noticias son de carácter oficial, otras de corresponsales y no pocas tomadas de los periódicos rusos. Hay tal desacuerdo entre ellas y son tan confusas las informaciones más detalladas—las de procedencia rusa—que declaro no he podido formar idea exacta de lo acaecido en aquel teatro. Ante todo, he de hacer constar que tanto los partes oficiales del Gobierno ruso como las noticias de la prensa de aquel imperio son a todas luces inexactos y se caracterizan por su exageración y el poco escrúpulo en disfrazar la verdad. Se dice, por ejemplo, un día, que los rusos han invadido la Prusia oriental y los alemanes se han replegado a la línea de plazas fuertes, y al día siguiente se comunica una batalla—que siempre es victoriosa para los rusos—cincuenta kilómetros en el interior de Rusia; más tarde se afirma que los alemanes se repliegan a Thorn y Posen, y a los dos días los mismos rusos hablan de la ofensiva enemiga contra la línea Varsovia-Ivanogorod. Es innecesario citar más casos. Baste añadir que el mayor desastre sufrido hasta ahora por los beligerantes en la presente guerra es el del segundo ejército, seguido a los pocos días por la derrota del primero; aquél fué casi totalmente destruído, puede decirse que desaparecido, y el Gobierno ruso sólo dió una noticia muy vaga, de simple retirada, en pocas líneas. De todos modos, no debe prescindirse de la información rusa, porque comparándola con la austriaca, es más fácil acercarse a la verdad. Las noticias de origen austriaco que inserta la prensa alemana, son breves, lacónicas, aun en el período en que vencieron los austriacos, pero dan a comprender mejor que las rusas lo que ha sucedido.

Resumiré a grandes rasgos los hechos confirmados y haré una advertencia particular cada vez que me vea obligado a guiarme por la deducción o la lógica.

En la segunda quincena de agosto, los ejércitos austriacos de la frontera N. E. eran tres: el del O., o de la izquierda, mandado por el general Dankl; el del E., o de la derecha, a las órdenes del general Auffenberg, y el del centro, que tenía por jefe, al parecer, al archiduque Federico (?), se dividió en dos grupos, uno que permaneció en Lemberg y otro que marchó a cubrir la frontera de la Galizia oriental, por donde parecía que no amenazaba ningún peligro.

Dankl, marchando por el camino directo a Lublin, había batido a los rusos en varios combates, dejando atrás Krasnik y se adelantaba hacia Lublin. Hacia el mismo punto concurría el ejército de Auffenberg, que atravesando victoriosamente la frontera en Tomaszov se dirigía en la dirección de Krasnistav para operar de concierto con el otro general.

El ejército de Auffenberg adelantó hacia Zamosch donde de nuevo derrotó a los rusos, y en unión de tropas de refresco mandadas por el archiduque José Fernando, se inclinó hacia el E., con el propósito de flanquear a las masas rusas que se presentaban ante la Galizia occidental. Al mismo tiempo, el ejército del centro, que tenía su cuartel general en Lemberg, despachó tropas en la dirección del E., las cuales contuvieron en la línea Busk-Przemyslany la invasión rusa; tuvo lugar entonces la llamada primera batalla de Lemberg el 1.º de septiembre, que terminó victoriosamente para los austriacos, según éstos, y con ventaja para los rusos, según los moskovitas; como quiera, este combate no revistió grande importancia ni igualó a los de Zamosk y Krasnik. Los rusos afirman que entraron en Lemberg el 2 de septiembre; si realmente fué así, debieron sufrir después alguna derrota importante, toda vez que está fuera de duda y ellos mismos lo declaran, que la posesión de la capital de Galizia no se realizó sino bastantes días más tarde, lo cual significa que si los rusos entraron el 2 de septiembre en Lemberg, fueron arrojados de ella casi en seguida.

Lo cierto es que a partir del 2 de septiembre se puso de manifiesto cuál era el plan que estaban desarrollando los rusos: habían opuesto a Dankl y Auffenberg masas relativamente débiles, y el ejército principal lo tenían concentrado al N. E. de Galicia; las vanguardias de éste fueron las que combatieron con las avanzadas del ejército austriaco del centro o de Lemberg, el 1.º de septiembre, y no tardaron en aparecer al N. E. de la capital tropas numerosísimas, ante las cuales era inútil intentar la resistencia. En consecuencia, el cuartel general austriaco dispuso que Auffenberg destacase una parte de sus tropas hacia el S., en apoyo de Lemberg, pero ya los rusos iniciaban su ofensiva contra los dos ejércitos austriacos que se habían internado en Polonia. Gruesas masas en efecto aparecían frente a Dankl, impulsándole a la retirada, tras un combate de tres días; a la vez, un segundo ejército ruso avanzaba entre Krasnik y Zamosch, separando entre sí a los dos ejércitos del N., y una tercera masa tomaba la ofensiva contra Auffenberg. Debilitado éste por el envío de refuerzos a Lemberg, se batió en retirada; trató de contener al enemigo en Ravaruska, donde fué derrotado, y cambió la dirección de su retirada, inclinándose al O. o sea hacia Jaroslav. Frente a Lemberg, el ejército ruso principal emprendió una marcha de

flanco que le permitió rodear la ciudad por el N., a la vez que gruesas columnas marchaban por el S. y se acercaban a Grodec.

El 16 de septiembre, Dankl estaba en plena retirada sobre Cracovia, Auffenberg era derrotado en Rava-Ruska, y una fracción del ejército del centro era vencida un poco al S. de Grodec. En estas condiciones, resultaba inútil mantenerse en la capital, y el Archiduque Federico (?) dió la orden de retirada, que se efectuó sin que el enemigo la advirtiera; los rusos entraron en la capital al siguiente día. Los demás ejércitos invasores apresuraron su avance, pero ya los austriacos se habían puesto fuera de su alcance.

En los días siguientes la marcha de los rusos fué excesivamente lenta, tanto por la necesidad de poner de concierto los movimientos de los cuatro ejércitos que habían tomado parte en estas operaciones, como por haber quedado muy quebrantados a consecuencia de las primeras derrotas y luego de la obstinada resistencia que habían presentado los austriacos. Justo es hacer constar que aunque después se han exagerado las cifras, en los primeros partes oficiales rusos sobre la derrota de Auffenberg, en Rava-Ruska, se dice que se hicieron ocho mil prisioneros a los austriacos y se les tomaron 30 cañones; las pérdidas rusas por los mismos conceptos en la segunda quincena de agosto, o sea durante la ofensiva austriaca, fueron mucho mayores.

Examinando en conjunto estas operaciones, se infiere que el alto mando austriaco no dió señales de mucha perspicacia. El terreno de la Galizia es llano y no le separa ningún obstáculo natural de la Polonia rusa, en toda su mitad oriental. Fué imprudencia avanzar en la dirección de Lublin con fuerzas relativamente cortas, en dos masas poco apoyadas y separadas entre sí, dejando punto menos que desguarnecida la Galizia oriental. Concentrando los rusos su masa principal en el E., cogieron de flanco a los ejércitos austriacos avanzados, que al emprender la retirada se vieron amenazados por el frente y las dos alas. Gracias a la pesadez de maniobra que caracteriza al ejército ruso, se pudo salvar el ejército austriaco de un desastre completo. Los austriacos despreciaban demasiado a su enemigo, y lo pagaron caro. No contaban con que Rusia tenía reunidos fuertes contingentes en el S. O. de su imperio, desde varios meses antes, y creían que no podría tomar la ofensiva sino después de concluida la movilización, o sea a últimos de septiembre. En el mismo error estábamos todos, pero lo que es disculpable en los que nada tienen que ganar o perder en las operaciones, no lo es en la nación directamente interesada.

Apenas se señaló, el 1.º de septiembre, la presencia de grandes masas rusas en el N. E. de Lemberg, el gran cuartel general austriaco se dió cuenta de su equivocación; no cabía ya repararla, pero sí atenuar las consecuencias. A este efecto, se organizó un cuarto ejército, llamando a dos de los cuerpos que estaban empeñados en la campaña de Serbia, ejército que a mediados de septiembre se presentó en la Galizia occidental y contribuyó a que el avance ruso fuera poco a poco contenido. Todavía intentaron, con éxito generalmente desgraciado, reanudar la ofensiva los austriacos, hasta que sobrevino un cam-

bio completo en la situación, en virtud, probablemente, de consejos o de órdenes amistosas del gran cuartel general alemán. Los austriacos se reorganizaron en el sector de Cracovia, y aguardaron a que entrara en línea el ejército alemán para emprender de nuevo operaciones activas. En esta etapa nos encontramos ahora, y a ella dedicaré la atención en la crónica siguiente.

V. — Crónica naval

Las grandes unidades británicas de combate, acorazados de los tres tipos dreadnoughts, están fondeadas en los puertos del litoral del E.; la vigilancia del mar del Norte y la misión de patrullar desde el estrecho de Dover a las costas meridionales de Noruega, se ha encomendado a escuadrillas de barcos ligeros y a los cruceros acorazados de mediano tonelaje. Las flotillas de cruceros protegidos, avisos, destroyers, torpederos y submarinos, se mantienen en continua actividad y movimiento, relevándose de tiempo en tiempo, y suelen estar compuestas por cuatro o cinco unidades de la clase de cruceros, acompañadas por el número prudencial de barcos pequeños. De estas flotillas se destacan los destroyers y submarinos para realizar incursiones en las aguas enemigas o simplemente peligrosas. Pero como es tan grande el área que hay que vigilar y los alemanes no se muestran ociosos, fué preciso desde los últimos días de agosto reforzar la vigilancia, aumentando el número de unidades en el mar con algunos cruceros acorazados, que por su mayor armamento y protección pueden aventurarse lejos de sus bases, con sólo que los acompañen algunos pequeños barcos; esta precaución no se observó en el estrecho de Dover, donde los cruceros acorazados operaban solos, y les costó cara a los ingleses, según se recordará, puesto que en un solo día perdieron el *Hogue*, el *Cressy* y el *Aboukir*. Desde entonces, los barcos de gran tonelaje navegan siempre precedidos o acompañados por destroyers, avisos, y submarinos a veces.

Gracias a estas medidas, las costas inglesas están seguras sin necesidad de exponer los acorazados de combate a los ataques del enemigo. La gran distancia a que se encuentran las bases navales alemanas, y la radiotelegrafía, permiten la conservación de los acorazados en buenas condiciones marineras y junto a los diques y arsenales. En este concepto, la escuadra de combate británica ha estado hasta aquí en tan ventajosa situación como la alemana. Si ésta saliera con el intento de emprender una acción naval, lo advertirían con sobrada antelación las flotillas ligeras para que los barcos grandes se concentraran oportunamente en el lugar indicado.

Refugiados los acorazados en los puertos militares y grandes bahías, nada tenían que temer de los aeroplanos enemigos, cuyo radio de acción no era suficiente para realizar un viaje completo de ida y vuelta desde las bocas del Ems hasta las costas británicas. Podían aventurarse los dirigibles, pero la operación hubiera resultado también difícil y desde luego muy expuesta: la base naval alemana estaba demasiado lejos para emprender desde ella un ataque aéreo a la escuadra inglesa.

No acontece lo mismo desde que Amberes ha caído en manos de los alemanes. Todavía es empre-

sa ardua para los aeroplanos volar desde Amberes a Inglaterra y regresar al punto de partida, pero no imposible, sobre todo si son ciertas las noticias procedentes de Alemania de que se ha construido un nuevo tipo de aeroplanos cuyo radio de acción es mucho mayor que el de los actuales. Pero los zeppelines, hasta ahora cuidadosamente guardados en reserva, tienen ya bajo su alcance el litoral británico, y por consecuencia ha desaparecido la seguridad de los fondeaderos en que se encuentran los acorazados ingleses. El Almirantazgo ha tomado prudentes medidas para hacer frente a esa temida eventualidad; en cada fondeadero se ha destacado una flotilla aérea y se les ha dotado de cañones de tiro vertical especiales contra los aviones y dirigibles; los dirigibles británicos, no muchos en número, han sido también destinados a vigilar aquellos lugares, aunque al parecer cierto número de ellos se mantiene en las bocas del Támesis, para impedir un ataque aéreo contra Londres. De todas maneras, con la caída de Amberes ha empeorado la situación de la flota de combate inglesa, que tal vez sea objeto de una acometida aérea cuando las nieblas se hagan pertinaces y duraderas.

Lo probable, sin embargo, es que los alemanes sigan empleando sus submarinos con preferencia a los dirigibles, hasta conseguir debilitar notablemente a la flota de vigilancia; los ataques de aquellos serán después completados por los de los destroyers y barcos pequeños; y si la suerte acompaña a esas empresas, que se irán desarrollando sin prisas y aprovechando todas las circunstancias favorables, podría llegar el caso de que las grandes unidades se vieran obligadas a hacerse a la mar o a tomar una actitud defensiva, partido extremo a que no acudirá Inglaterra sin antes haber llamado en su ayuda a las unidades ligeras de la escuadra francesa.

Como se comprende, la guerra naval está siendo muy lenta y lo seguirá siendo en lo porvenir, salvo circunstancias imprevistas poco probables; su desenlace está muy lejano, y de él depende, más que de las batallas terrestres, el fin de la guerra, por lo menos en lo que concierne a Inglaterra y Alemania que son los verdaderos rivales.

El crucero acorazado inglés *Hawke* fué echado a pique por el submarino alemán número 9 el día 15. Fué botado al agua en 1896, medía 7,800 toneladas, y su armamento consistía en 2 cañones de 23,4 centímetros, 10 de 15,12 de 5,7, 2 de 4,7 y 2 tubos lanza-torpedos sumergidos. Más antiguo que los otros tres perdidos en septiembre les era también inferior en poder militar.

Por fin se ha puesto en claro que la pérdida del aviso británico *Pathfinder*, el 5 de septiembre, cerca del Firth of Forth, se debió al ataque del submarino alemán U. 21 (U significa *Unterseeboot*, barco bajo el agua), mandado por el teniente Herfing. El *Pathfinder* fué construido en 1905, tenía 2,900 toneladas, y

su armamento consistía en 10 cañones de 76 milímetros, 8 de 47 y 2 tubos lanza-torpedos.

Contestando a una pregunta, diré que el aviso alemán *Hela*, que fué echado a pique por un submarino inglés, fué construido en 1895, su tonelaje era de 2.040 y estaba armado con 4 cañones de 88 milímetros, 6 de 50 y tres tubos lanza-torpedos, uno de ellos sumergido.

El día 17, en un combate naval cerca de las costas de Holanda, entre el crucero británico *Undaunted* y una flotilla de destroyers contra un torpedero y los destroyers alemanes 115, 117, 118 y 119, éstos últimos fueron echados a pique.

VI. — La situación el 20 de octubre

Continúa el avance austro-alemán contra los rusos, en Polonia y la línea del San.

La tentativa de los rusos de franquear los Cárpatos y llegar a Hungría, ha fracasado por completo, como no podía menos de suceder dadas las escasas fuerzas empleadas en la empresa, lo mal apoyadas que estaban y la falta de una buena base que les sirviera de punto de partida y de abastecimiento.

Los rusos han levantado el sitio de Przemysl y han tenido que replegarse hacia el N., evacuando toda la Galizia occidental.

Aunque todavía nada puede afirmarse en concreto, las últimas noticias son que las operaciones se desenvuelven con desventaja para los rusos. Estos han sido arrojados de Lyck, en la frontera de la Prusia oriental, y los alemanes han vuelto de nuevo a entrar en territorio ruso, aunque sin pronunciar una ofensiva resuelta.

En Francia, los dos beligerantes llegan con sus tropas hasta el canal de la Mancha, y se libran recios combates cerca del litoral. Ostende y otros puntos de la costa se rindieron sin resistencia al invasor.

Los restos del ejército belga forman en la extrema izquierda de los aliados, junto con tropas de marina francesas. Los refuerzos últimamente enviados por Inglaterra, han tomado posiciones en el centro del ala izquierda, un poco al N. O. de Lille. Parte de la escuadra británica se ha acercado al litoral, para mantenerlo bajo la acción de su artillería y contribuir al ataque de las tropas del ejército.

En la próxima crónica daré á conocer los verdaderos motivos del cambio de plan de los alemanes y del envío de refuerzos a las fronteras de Rusia, así como el objetivo que se proponen los aliados prolongando tanto su ala izquierda en el teatro occidental, pese a los peligros que entraña esa maniobra. Con ello quedarán esclarecidos muchos puntos, hasta ahora oscuros.

JUAN AVILÉS,

Teniente Coronel de Ingenieros

21 de octubre de 1914.